
México y las dictaduras caribeñas (1934-1959)

Rafael Rojas

Durante la tercera y cuarta décadas del siglo xx comenzó a manifestarse la crisis del modelo de soberanía limitada establecido en el Caribe postcolonial. El latifundio y la dependencia empezaron a ser impugnados por nuevos actores sociales y políticos, entre los que jugarían un papel protagónico los estudiantes y los obreros. Bajo la influencia de las revoluciones mexicana y rusa, las izquierdas de la región comenzaron a entrelazar demandas nacionalistas y socialistas en una amalgama ideológica que cobraría fuerza a mediados de aquella centuria. Frente a esas presiones populares, las derechas de la región iniciaron un largo y costoso ciclo autoritario que desembocaría en las dictaduras militares de la Guerra Fría.

En Cuba, el primer gobernante civil de la época postcolonial, Alfredo Zayas, llegó a la presidencia de la república, en 1921, en medio de una aguda crisis económica. Tras la bonanza provocada por el incremento de ventas azucareras a Estados Unidos, durante la Primera Guerra Mundial, sobrevino una caída del precio del azúcar que impactó las sociedades caribeñas. A pesar de que en ese año y el siguiente, la producción rondó los cuatro millones de toneladas, la depresión del precio promedio del crudo produjo que el valor de las zafas cayera a menos de 300 millones de pesos.¹ El gobierno de Zayas, involucrado en varios escándalos de corrupción, fue incapaz de enfrentar las crecientes demandas populares de la sociedad cubana.

Algunos movimientos intelectuales y políticos de aquel período presidencial (1921-1925), como el de los “veteranos y patriotas”, la “protesta

¹ Leví Marrero, *Geografía de Cuba*. Nueva York: Minerva Books, 1966, p. 675.

de los trece”, el grupo “minorista” y la fundación del primer Partido Comunista de la isla, marcaron la entrada en la escena política de actores nuevos, como los obreros y los estudiantes, desconectados de la clase militar y política republicana, de origen separatista o autonomista, que había acaparado el poder en las dos primeras décadas del siglo xx. Al movimiento obrero, impulsado por la Revolución de Octubre en Rusia, y al movimiento estudiantil, que se inscribió en la gran campaña por la autonomía universitaria iniciada en Córdoba, Argentina, se sumaron otros actores, como el campesinado afectado por la expansión de las compañías norteamericanas y las mujeres defensoras del sufragio femenino.²

Este repertorio de nuevos sujetos políticos se manifestó en República Dominicana, Puerto Rico y, sobre todo, Cuba. El choque entre esas corrientes con el gobierno cubano que sucedió a Zayas, en 1925, el de Gerardo Machado (1925-1933), fue representativo de la confrontación entre proyectos revolucionarios y autoritarios que se viviría en la región. Con el intento de reformar la Constitución de 1901, por parte de Machado, interesado en prorrogar su poder presidencial por seis años más, a partir de 1928, comenzó el primer experimento de dictadura postcolonial en la región: una fórmula autoritaria que se difundiría a partir de la crisis del modelo de dependencia establecido en las primeras décadas del siglo xx, provocada, entre otros factores domésticos e internacionales, por el reajuste de la política de Estados Unidos hacia América Latina generada por el New Deal y las tres administraciones de Franklin Delano Roosevelt, entre 1933 y 1945.

Al igual que en Cuba, en Haití y en República Dominicana el ciclo de las intervenciones norteamericanas fue suplantado por regímenes autoritarios. En Haití, luego del largo período de ocupación (1915-1934), los breves e inestables gobiernos de las élites mulatas, encabezadas por Stenio Vincent y Elie Lescot, dejaron una estela de conflictos internos que desembocaría en la emergencia de la dictadura de los Duvalier a mediados de la década del 50.³ En Santo Domingo, el también largo período de intervención

² Cristina Vera de Flachs, “Reformas, contrarreformas y movimientos estudiantiles en la Universidad de Córdoba (1870-1936)”, Renate Marsiske, coord., *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*. Madrid: Plaza y Valdés, 2006, t. III, pp. 21-80.

³ David Nicholls, et. al., *Historia del Caribe*. Barcelona: Crítica, 2001, pp. 252-279.

estadounidense (1916-1924), dio paso a un frágil gobierno de Horacio Vázquez, bajo el cual, el Jefe del Ejército, Rafael Leónidas Trujillo, comenzaría a acumular en sus manos el poder real de aquella república. A partir de 1930, cuando Trujillo es elegido como presidente, por primera vez, se consolidará un régimen patrimonial de liderazgo económico, político y militar en torno a la persona y la familia del caudillo que duraría tres décadas.⁴

El único país de la región que no vivió un tránsito similar, de república intervenida a dictadura militar, fue Puerto Rico. En esa isla, la gran transformación política regional de los años 30 se vivió de otra manera: por medio del desplazamiento de viejos partidos tradicionales, como el Republicano y el Socialista, defensores de la búsqueda de una condición de “estado”, por la hegemonía del Partido Popular Democrático (PPD), encabezado por Luis Muñoz Marín, que impulsaba una solución neoautonomista al problema de la soberanía, por medio de la fórmula del “estado libre asociado”. En 1940, mientras en Cuba tenía lugar el establecimiento de una Constitución liberal y nacionalista y se iniciaba un breve período de doce años de estabilidad democrática, en Puerto Rico el PPD se convertía en la principal fuerza política de la isla vecina. Como presidente del Senado, entre 1941 y 1948, y como gobernador de la isla, entre 1949 y 1965, Muñoz Marín sería la principal figura de la política puertorriqueña a mediados del siglo XX.⁵

Durante los 30 años que preceden al triunfo de la Revolución de 1959, Cuba, a diferencia de República Dominicana, no fue siempre una dictadura: los regímenes de Machado (1925-1933), el primer Batista (1935-1939) y el último Batista (1952-1958) fueron interrumpidos por la Revolución de 1933 y el período democrático de 1940 a 1952.⁶ Pero también en Cuba se manifestó aquella tendencia regional al reemplazo de gobiernos intervenidos por gobiernos autoritarios. El cambio de la política exterior estadounidense, entre el New Deal y la Guerra Fría, provocó la abrogación de la Enmienda Platt y el inicio del entendimiento de Washington con las dictaduras caribeñas. La diplomacia norteamericana, sin embargo, se mantuvo en buenos términos no sólo con los dictadores sino con corrientes políticas

⁴ Frank Moya Pons, et. al., *Historia del Caribe*. Barcelona: Crítica, 2001, pp. 213-251.

⁵ Robert W. Anderson, et. al., *Historia del Caribe*. Barcelona: Crítica, 2001, pp. 280-297.

⁶ Louis A. Pérez Jr., *Cuba Between Reform and Revolution*. Nueva York: Oxford, 1988, pp. 229-275.

democráticas, como las encabezadas por Muñoz Marín en Puerto Rico o Grau San Martín y Prío Socarrás en Cuba.

La relación del México que va del gobierno de Plutarco Elías Calles (1924-1928) al de Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) con ese Caribe de dictaduras y revoluciones podría estudiarse a partir de tres aspectos: la influencia ideológica de la Revolución Mexicana en la cultura política caribeña de aquellas décadas, los exilios caribeños en México durante las dictaduras y revoluciones de la región y el realismo diplomático con que los gobiernos priístas establecieron vínculos plurales con las diversas corrientes políticas de la zona. En aquellas décadas, el México postrevolucionario se convirtió en referente del agrarismo y el nacionalismo de las izquierdas comunistas y no comunistas de la región y en destino de decenas de exiliados que se enfrentaban a las dictaduras de sus países desde el gran vecino mesoamericano. El entendimiento entre la dictadura de Gerardo Machado y Washington, como ha descrito admirablemente Daniela Spenser, no sólo fue un obstáculo a la difusión de las ideas de la Revolución Mexicana en la región, sino una fuente de conflictos para las relaciones entre México y la URSS.⁷

REVOLUCIONES Y EXILIOS

Hacia 1928, cuando iniciaba la estabilización política producida por el “maximato” del general Calles en México y la “prórroga de poderes” daba paso a la dictadura de Gerardo Machado en Cuba, el flujo migratorio entre ambos países cambió de sentido. A partir de entonces no eran los mexicanos quienes buscaban refugio en Cuba sino los cubanos quienes huían de un régimen autoritario en la isla. En enero de ese año se fundó en la ciudad de México la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC), una institución que en los años siguientes coordinaría los esfuerzos de la oposición antimachadista en el exterior. Entre los fundadores de aquella asociación se encontraban algunos de los más influyentes políticos cubanos de mediados del siglo XX: Julio Antonio Mella, Leonardo Fernández Sánchez, Gabriel Barceló, Sandalio Junco, Manuel Cotoño,

⁷ Daniela Spenser, *El triángulo imposible. México, Rusia Soviética y Estados Unidos en los años veinte*. México: CIESAS/Porrúa, 1998, pp. 213-241.

Aureliano Sánchez Arango, Teodosio Montalván, Antonio Penichet, Rogelio Teurbe Tolón, Eduardo Chibás, Enrique de la Osa y Raúl Primelles.

La figura central de aquella colonia de exiliados cubanos fue, sin duda, el joven líder comunista Julio Antonio Mella. Luego de un viaje por Bruselas, París y Moscú, donde, según algunos autores, habría entrado en contacto con la naciente oposición antiestalinista de izquierda, Mella se instaló en la ciudad de México en el verano de 1927. Aquí se encontró con un grupo ideológica y políticamente heterogéneo de exiliados cubanos, provenientes, en su mayoría, de dos organizaciones: el primer Directorio Estudiantil Universitario, fundado por Antonio Guiteras, y al que pertenecían Barceló, Chibás y Sánchez Arango, y el primer Partido Comunista de Cuba, fundado por el propio Mella, y en cuyas filas militaban Fernández Sánchez, Junco y otros líderes obreros, como Alejandro Barreiro y Antonio Puerta, que también llegaron a México tras la famosa “causa judicial 967” de la dictadura de Machado contra cubanos comunistas.⁸

Mella adoptó una posición compleja dentro del comunismo mexicano, como se observa en sus artículos en el periódico *El Machete*, a partir de la primavera de 1928. En una coyuntura en la que el general Calles promovía un mejoramiento de las relaciones con Estados Unidos, a través de la interlocución con el embajador D. W. Morrow, una tregua en el conflicto religioso, por medio de la reanudación de los cultos, y la integración de la clase política revolucionaria bajo el hegemónico Partido Nacional Revolucionario, Mella reafirmaba su orientación anticlerical, antifascista y antimperialista.⁹ La visita del presidente norteamericano Calvin Coolidge a La Habana, en enero del 28, para asistir a la Sexta Conferencia Panamericana, en la que México jugaría un papel importante, fue parte de la coyuntura de aquel entendimiento, basado en la expectativa de que Washington reformularía la “doctrina Monroe”, al que Mella se oponía.¹⁰

⁸ Yazmín Cuevas y Guadalupe Olivier, “Julio Antonio Mella: de líder universitario a activista social”, Renate Marsiske, coord., *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*. Madrid: Plaza y Valdés, 2006, t. III, pp. 105-140.

⁹ Jean Meyer, *La Cristiada. El conflicto religioso entre la iglesia y el Estado (1926-1929)*. México: Siglo XXI Editores, 1994, t. II, pp. 333-359.

¹⁰ “La doctrina Coolidge se va a dar a conocer en la Habana”, *Excelsior* (4/1/1928), p. 1. Ver también “María Isabel Vega Muytoy, “VI Conferencia Panamericana (La Habana, 1928)”, Carlos Marichal, coord., *México y las conferencias panamericanas. 1889-1938*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 2002, pp. 125-130.

Durante una conferencia del Partido Comunista de México, en la primavera de ese mismo año, Mella propuso la creación de una Confederación Sindical Unitaria (CSUM), independiente de y contrapuesta a la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), la cual, a través de su titular, Luis Morones, se subordinaba corporativamente al gobierno de Calles. En el momento en que los comunistas mexicanos apoyaban la candidatura presidencial de Álvaro Obregón, la idea fue vista con simpatía, pero, tras el asesinato del caudillo sonoreño, algunas voces dentro y en las proximidades del PCM se opusieron a esa y otras iniciativas de Mella. El respaldo del cubano a la lucha de Augusto César Sandino en Nicaragua, por medio del Comité Manos Fuera de Nicaragua, y su rechazo a las ideas del peruano Víctor Raúl Haya de la Torre y el APRA, generaban no pocas resistencias en la corriente comunista que, durante el primer semestre de 1929, intentaría negociar con el naciente Partido Nacional Revolucionario y el gobierno de Emilio Portes Gil.¹¹

La vehemencia que Mella demostró en ciertos temas teóricos del comunismo latinoamericano se traducía, sin embargo, en una poco conocida flexibilidad política en el ámbito de la oposición a la dictadura de Gerardo Machado, que ha sido señalada recientemente por la historiadora alemana Christine Hatzky.¹² Durante un viaje a Nueva York, en septiembre del 27, Mella inició alianzas con personalidades y corrientes liberales del antimachadismo, como la Unión Nacionalista, encabezada por Carlos Mendieta y Montefur. En octubre del 28, un miembro de la ANERC, Fernández Sánchez, se había reunido con Mella en Veracruz y desde allí se había embarcado clandestinamente hacia La Habana, donde se entrevistó con el general Federico Peraza, partidario de la Unión Nacionalista. De manera que Mella defendía una estrategia de alianza entre clases, dentro de las revoluciones nacionales y antimperialistas de América Latina, que chocaba con la tesis de la “clase contra clase”, establecida por VI Congreso de la Internacional Comunista, bajo la dirección de Bujarin, en el verano de ese año.

¹¹ Arnoldo Martínez Verdugo, *Historia del comunismo en México*. México: Editorial Grijalbo, 1983, pp. 96-102. Ver también Manuel Márquez Fuentes y Octavio Rodríguez Araújo, *El partido comunista mexicano*. México D.F.: Ediciones El Caballito, 1973, pp. 129-149.

¹² Christine Hatzky, *Julio Antonio Mella. Una biografía*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 2008, p. 36.

Mella diferenciaba los contextos de la Cuba neocolonial y el México revolucionario y proponía políticas disímiles para cada caso, lo cual le ganaba no pocos enemigos en las derechas y las izquierdas de ambos países. En sus “Glosas al pensamiento de José Martí” (1926) había celebrado que Martí creyera “posible la democracia pura, la igualdad de todas las clases” y el “milagro de la cooperación entre el elemento proletario de los talleres de la Florida y la burguesía nacional”.¹³ Eso que él mismo llamó el “misterio del programa ultrademocrático” de Martí contemplaba la alianza entre diversas clases dentro de un proceso de descolonización o liberación nacional como el que debía producirse en Cuba. Los artículos de Mella en *El Machete*, entre 1927 y 1928, en cambio, cuestionaban todo tipo de “colaboracionismo”, como el que, a su juicio, sostenían Vicente Lombardo Toledano con su propuesta de “libertad sindical” y Víctor Raúl Haya de la Torre y el APRA con su idea de un “frente único contra el imperialismo”.¹⁴

Mientras atacaba fervorosamente a Haya de la Torre en *El Machete* —a quien, en 1923, había descrito como un “Mirabeau demoledor con la fuerza de su verbo de las eternas tiranías”, “Mesías de la Nueva Buena que dice la palabra mágica de esperanza”, “sueño de Rodó hecho realidad, Ariel”—y descartaba que la clase media pudiera cumplir una misión revolucionaria—“la clase media es generalmente individualista, nacionalista en buena medida anticlerical. Un criterio ecléctico y liberal hace que su ideología pueda modularse con los variados tonos del instrumento de cobre de una jazz band. Acepta del socialismo ciertas formas mínimas, la fraseología de propaganda, pero no la lucha de clases ni la socialización revolucionaria de los medios de producción”—Mella defendía, en el periódico *Cuba Libre*, órgano de la ANERC, una estrategia similar a la del APRA para derrocar a Machado.¹⁵

Varios historiadores del comunismo mexicano (Gerardo Peláez, Marcela de Neymet, Arnoldo Martínez Verdugo, Adys Cupull...) señalan que durante el viaje del líder de la organización, Rafael Carrillo Azpetia, al congreso de la Internacional Comunista, en Moscú, Mella quedó al frente del

¹³ Julio Antonio Mella, *Escritos revolucionarios*. México: Siglo XXI, 1978, pp. 117-118.

¹⁴ *Ibid*, pp. 135 y 181-207.

¹⁵ *Ibid*, pp. 39, 208-212, 216-217 y 248.

Partido Comunista Mexicano como “Secretario General Provisional”.¹⁶ Desde esa posición, el cubano incrementó su rechazo a una corriente de la izquierda mexicana, ajena al PCM y encabezada por Lombardo Toleano, que apostaba a la negociación con los gobiernos del “maximato”, a través de la CROM y luego de la CTM.¹⁷ En el pleno del Comité Central del PCM, del 30 de junio del 28, encabezado por Mella, se produjo el primer pronunciamiento claro contra el “obregonismo” y cualquier otra política caudillista y se impulsó fuertemente la creación de la CSUM. Valentín Campa recuerda en sus memorias que pocos días después de su muerte, Mella fue nombrado “Secretario General Honorario” de esa organización obrera, por el apoyo que había brindado a la misma durante aquellos meses.¹⁸

Cuando Carrillo regresó de Moscú, el PCM respaldó algunas iniciativas de Mella pero comenzó a relegar al cubano de importantes decisiones. Mella quedó fuera del Comité Organizador de la Asamblea Nacional de Unificación Obrera y Campesina, el principal proyecto de los comunistas mexicanos en los últimos meses del 28. Es probable que Mella, quien había sido expulsado del Partido Comunista Cubano, comenzara a ser catalogado como “divisionista”, “izquierdista” y “trotskysta” dentro de la sección latinoamericana de la Internacional Comunista. En la primavera del 28, en una conferencia sindical en Montevideo, dos jefes de aquella sección, Vittorio Codovila y Ricardo Martínez, habían hecho duras críticas al cubano en presencia de David Alfaro Siqueiros. Esas críticas se reiteraron en el citado congreso de la Internacional Comunista, en Moscú, y en varias reuniones del Comité Central del PCM, entre septiembre y diciembre del 28, donde, según algunos, fue sancionado y, según otros, expulsado de la organización.¹⁹

¹⁶ Marcela de Neymet, *Cronología del Partido Comunista Mexicano*. México: Ediciones de Cultura Popular, 1981, p. 57; Adys Cupull, *Julio Antonio Mella en los mexicanos*. México: Ediciones El Caballito, 1983, pp. 47-56. Ver también Gerardo Peláez, *Partido Comunista Mexicano. 60 años de historia*. México: Universidad Autónoma de Sinaloa, 1980, pp. 29-31,

¹⁷ Sobre las complejas relaciones entre Vicente Lombardo Toledano y el comunismo mexicano ver Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo xx*. México: Era, 1996, pp. 48-50 y 130-131.

¹⁸ Valentín Campa, *Mi testimonio. Memorias de un comunista mexicano*. México: Ediciones de Cultura Popular, 1978, p. 46.

¹⁹ Olivia Gall, *Trotsky en México y la vida política en el periodo de Cárdenas*. México: Ediciones Era, 1991, p. 49.

A partir de estas evidencias, varios historiadores (Alejandro Gálvez Cancino, Pierre Broué, Olivia Gall, Pino Cacucci y Claudio Albertani, entre otros) han cuestionado, sin ofrecer hasta ahora pruebas conclusivas, que el asesinato de Mella, el 10 de enero de 1929, fuera organizado por el sicario del dictador Machado, José Magriñat, y perpetrado por José Agustín López Viñas y Miguel Francisco Sanabria Nodarse, como desde entonces han sostenido la historia oficial de los comunistas cubanos y mexicanos e investigaciones académicas serias como la citada de Daniela Spenser.²⁰ El conocido record criminal de Vittorio Vidali (alias Enea Sormenti, José Díaz o Carlos Contreras) como agente de la policía secreta estalinista, y la posterior relación que éste sostuvo con la fotógrafa Tina Modotti, ha llevado a esos historiadores a sugerir una posible ejecución de Mella por órdenes de Moscú. Ninguno de los defensores de esta tesis ha aportado datos convincentes, aunque sus argumentos resultan más verosímiles que los del supuesto “crimen pasional”, defendido por la prensa anticomunista mexicana a partir de las incongruentes declaraciones de Modotti, amante de Mella y testigo presencial del crimen.

El asesinato de Mella tuvo importantes consecuencias para las relaciones entre México y Cuba. La ANERC y el PCM acusaron al gobierno mexicano de permitir las operaciones de los agentes de Machado en México, pidieron el castigo a los asesinos y la ruptura de relaciones con Cuba.²¹ La presión sobre el gobierno de Portes Gil fue tan intensa y constante que el presidente tuvo que escribirle al líder comunista, Rafael Carrillo, para asegurarle

²⁰ Daniela Spenser, *Op. Cit.*, p. 219. Para un recorrido por la historia oficial ver, por ejemplo, Erasmo Dumpierre, *Julio Antonio Mella. Biografía*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1977, pp. 113-121. Ver también Adys Cupull y Florián González, *Julio Antonio Mella en medio del fuego. Un asesinato en México* México: Ediciones El Caballito, 2002, y el buen estudio de la historiadora cubana Olga Cabrera, *Mella: una historia en la política México-cubana*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2002. Más recientemente ha aparecido el citado libro de Christine Hatzky, *Julio Antonio Mella. Una biografía*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 2008, donde se reitera la tesis del asesinato de Mella por parte de los sicarios de Machado. Las críticas a esa versión se encuentran resumidas en Olivia Gall, *Trotsky en México*. México: Era, 1991, pp. 46-63; Pino Cacucci, “Los motivos por los que asesinaron a Julio Antonio Mella” (19/6/05), Fundación Andreu Nin (www.fundanin.org), pp. 1-4; Claudio Albertani, “Vittorio Vidali, Tina Modotti, el estalinismo y la revolución” (10/7/05), Fundación Andreu Nin (www.fundanin.org), pp. 1-16; Ernesto Hernández Busto, “¿Quién mató a Nicanor” (14/9/05), *Encuentro en la Red* (www.cubaencuentro.com), pp. 1-4.

²¹ Gerardo Peláez, *Op. Cit.*, pp. 31-32.

que su gobierno “había dado amplias instrucciones a las autoridades competentes para que investigase con toda escrupulosidad el verdadero móvil del asesinato cometido en la persona del estudiante Julio Antonio Mella”.²² Cuando, en el verano del 29, se supo la noticia de que José Magriñat, uno de los implicados en el crimen, había sido liberado por falta de pruebas, la Asociación de Estudiantes Proletarios, una organización que Mella impulsó en sus últimos meses de vida y en cuya revista, *Tren Blindado*, publicó algunos artículos cercanos a la oposición de izquierda, denunció al gobierno de México por complicidad con Machado y el “imperialismo yanqui”.²³

La presión sobre Portes Gil también se resintió en los círculos diplomáticos machadistas, encabezados entonces por el historiador Rafael Martínez Ortiz. El embajador cubano, Guillermo Fernández Mascaró, fue llamado a consultas a La Habana, según la historia oficial, con el fin de proceder al pago y encubrimiento de Magriñat, López Viñas y Sanabria, pero, a juicio de otros historiadores, con el propósito de respaldar, junto con el gobierno de Portes Gil, la investigación sobre el crimen. En su libro *Las conferencias del Shoreham. El cesarismo en Cuba* (1933), así titulado por las negociaciones entre opositores (Domingo Méndez Capote, Cosme de la Torriente...) y machadistas (Orestes Ferrara, Viriato Gutiérrez...) que en dicho hotel de Washington tuvieron lugar, Manuel Márquez Sterling narró los pormenores de la crisis diplomática entre ambos países a raíz del atentado a Mella.

Márquez Sterling, el mítico embajador cubano ante Madero, fue invitado por el gobierno de Machado a ocupar nuevamente ese puesto diplomático. El embajador, que por entonces se encontraba en Washington, designado por la VI Conferencia Panamericana como miembro de la Comisión de Investigación y Conciliación que intentaba poner fin al conflicto entre Bolivia y Paraguay por la posesión del Chaco, quiso conocer la posición oficial del gobierno de Portes Gil sobre el asesinato de Mella antes de aceptar el cargo. Márquez Sterling le escribió al diplomático mexicano Fernando González Roa, miembro de la misma comisión, y éste trasmitió la preocupación del cubano a la cancillería mexicana: “No puedo admitir —decía— esa elevada representación si en México los tribunales relacionan

²² Raquel Tíbol, *Julio Antonio Mella en El Machete*. México: Editorial Penélope, 1984, p. 367.

²³ *Ibid.*, p. 377.

al gobierno de Cuba con la muerte del estudiante cubano Julio Antonio Mella, crimen que le atribuían al embajador saliente de Cuba en México, que estuvo a punto de romper relaciones entre los dos gobiernos”.²⁴ La respuesta llegó a Márquez Sterling por conducto del oficial mayor de la cancillería, Adolfo Cienfuegos y Camus:

Tomando en consideración el punto de vista del señor Márquez Sterling, estoy en posibilidad de informar a usted que en autos no ha surgido ningún motivo que obligue a las autoridades judiciales a llevar a cabo diligencia alguna en que pudieran quedar comprometidas directa o indirectamente las autoridades de Cuba. Sentado lo anterior, puede usted, en la forma que juzgue más adecuada, hacer comprender al señor Márquez Sterling que su designación, si se presentara la oportunidad, sería gratamente recibida por el gobierno mexicano.²⁵

Más que como prueba de la “inocencia” de Machado, la nota de Cienfuegos debe leerse como evidencia del entendimiento básico que existía entre el México del “maximato” y la dictadura cubana. La plataforma de ese entendimiento fue construida a partir de una común resistencia al intervencionismo norteamericano: el México de Calles y la Cuba de Machado, desde polos distintos de la ideología política, resentían por igual las presiones de Estados Unidos. Dicha sintonía se había percibido en la VI Conferencia Panamericana de la Habana, en 1928, donde los representantes mexicanos, Julio García, Salvador Urbina y Aquiles Elorduy insistieron, sin éxito, que se refrendaran, a tono con la doctrina Carranza y la Constitución mexicana de 1917, los principios de “igualdad jurídica entre los Estados y no intervención..., redactados de manera absoluta..., como condición *sine qua non*, que debiera expresarse que no habría ninguna injerencia absolutamente de un país en los asuntos internos de otro”.²⁶

²⁴ Carlos Márquez Sterling, *A la ingerencia extraña, la virtud doméstica. Biografía de Manuel Márquez Sterling*. Miami: Ediciones Universal, 1986, pp. 232-233. Ver también Manuel Márquez Sterling, *Las conferencias del Shoreham. El cesarismo en Cuba*. México: Ediciones Botas, 1933.

²⁵ Carlos Márquez Sterling, *Historia de Cuba*. Washington: Las Américas Publishing, 1969, p. 401.

²⁶ Laura Muñoz, coord., *Mar adentro. Espacios y relaciones en la frontera México-Caribe*. México: Instituto Mora, 2008, p. 458.

Cuando entre 1929 y 1931 arreció la oposición violenta a Machado por medio de las manifestaciones estudiantiles, los atentados de la organización secreta ABC, las huelgas de los comunistas, los levantamientos de Mario García Menocal y Carlos Mendieta en Pinar del Río, la expedición de Pepín Bosch, Sergio Carbó, Lucilo de la Peña y Carlos Hevia en Gibara y, sobre todo, la importante campaña del segundo Directorio (Carlos Prío Socarrás, Rubén de León García, Manuel Antonio de Varona, José Morell Romero, Ramiro Valdés Daussá, Justo Carrillo Hernández, Rafael García Bárcena Inés Segura Bustamante, entre otros), los gobiernos del “maximato” ofrecieron respaldo a Machado. Una nota de Trejo Lerdo a la cancillería mexicana, del 23 de octubre de 1929, señalaba que el Secretario de Estado cubano, Rafael Martínez Ortiz, había recibido un comunicado en el que “el gobierno mexicano se mostró simpatizador de Cuba y estar de parte de este país en cualquier incidente injustificado que viniese de Estados Unidos”.²⁷ En su exhaustivo estudio sobre la correspondencia diplomática de aquellos años, Indra Labardini Fragoso concluyó que:

En 1929 México hace una declaración clara a favor de Cuba frente a los sucesos que ocurrían. Gerardo Machado, presidente de la República, enfrentaba entonces constantes revueltas en su contra, que no lograba controlar y, por ende, ya no podía garantizar la protección de personas y bienes, tanto cubanos como extranjeros, por lo que no se hicieron esperar reclamaciones por parte del gobierno estadounidense, con la amenaza de intervenir. Esta amenaza siempre se encontraba presente, y los representantes mexicanos estaban atentos a todo lo que ocurría, pero en esta ocasión hicieron patente su apoyo al gobierno de la isla.²⁸

La revolución antimachadista, entre 1930 y 1933, trastocó el orden político en Cuba y las relaciones entre la isla y México.²⁹ Luego de la caída de Machado, se sucedieron breves gobiernos que, a pesar de su inestabilidad,

²⁷ *Ibid.*, p. 458-459.

²⁸ *Ibid.*, p. 458.

²⁹ Tres visiones diferentes de esa Revolución se encuentran en Lionel Soto, *La Revolución del 33*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1979, 3ts; Justo Carrillo, *Cuba, 1933: estudiantes, yanquis y soldados*. Miami: University of Miami, 1985; Inés Segura Bustamante, *Cuba siglo xx y la generación de 1930*. Santo Domingo: Editora Corripio, 1987.

operaron un cambio decisivo en el ámbito doméstico e internacional de Cuba. Tras el efímero gobierno de Carlos Manuel de Céspedes, reconocido por México a través del encargado de negocios en la isla, Octavio Reyes Espíndola, llegó al Palacio Presidencial de La Habana una fórmula tripartita, encabezada por políticos importantes del medio siglo cubano: el socialista democrático Antonio Guiteras, líder de la Joven Cuba, el socialdemócrata Ramón Grau San Martín, fundador del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), y el oficial Fulgencio Batista, un caudillo autoritario que gravitaría durante 25 años sobre historia de la isla. Con Grau en la presidencia, Batista al frente del ejército y Guiteras en la Secretaría de Gobernación, aquel gobierno impulsó una serie de medidas nacionalistas: una ley que obligaba a todas las empresas a tener, por lo menos, la mitad de trabajadores de origen cubano, control de la compañía de electricidad, jornada de ocho horas, rebaja de tarifas de gas, electricidad, teléfono y viviendas, así como autonomía universitaria.

La Revolución del 33, en Cuba, fue enfrentada por el flamante gobierno de Franklin Delano Roosevelt desde Estados Unidos. Luego de una primera reacción adversa, que incluyó el intervencionismo del embajador Benjamin Sumner Welles y un envío de tropas a la isla, que no llegaron a desembarcar, Roosevelt sustituyó a Welles por Jefferson Caffery e inició el proceso de derogación de la Enmienda Platt. El gobierno de Abelardo Rodríguez, el último del “maximato” callista, jugó un papel importante en ese proceso de cambio de la política de Estados Unidos hacia la isla. José Manuel Puig Casauranc, entonces canciller de México, impulsó, en los últimos meses del 33, una influyente campaña a favor de la abrogación de la Enmienda Platt y del establecimiento de la no intervención como principio en las relaciones interamericanas. Dicha campaña se inscribió en la estrategia de la doctrina Estrada, formulada en 1930, por la cual México se oponía a la práctica de “reconocer” gobiernos nuevos, por considerarla “denigrante” y lesiva de la “soberanía de las naciones”.³⁰

En octubre de 1933, Puig Casauranc envió un memorándum al State Department, titulado “Doctrina Monroe, intervención y materias conexas”, en el que se invitaba a Estados Unidos a operar una reformulación hemisférica del panamericanismo, consagrando la “inviolabilidad del principio de

³⁰ Genaro Estrada, *La diplomacia en acción*. México: SRE, 1987, pp. 89-90.

autonomía nacional”, en el marco de la VII Conferencia Panamericana a celebrarse en Montevideo en diciembre de 1933. En aquel documento se hacía referencia a “la situación creada en la República de Cuba por la Enmienda Platt, cuyo numeral III, al establecer el derecho de intervención en asuntos interiores a favor de una potencia extranjera, es una limitación inexplicable de la soberanía de un pueblo”.³¹ El intervencionismo norteamericano, que la diplomacia mexicana veía manifestarse no sólo en Cuba sino en Nicaragua, Panamá, Santo Domingo y Haití, debía llegar a su fin.

Esa fue la posición que México llevó a la VII Conferencia Panamericana de Montevideo, en la voz del jefe de su delegación, el mismo Puig Casauranc. Allí el diplomático mexicano sostuvo que la “desaparición” de la Enmienda Platt no afectaría el “decoro americano y la noble tradición de la política internacional americana”.³² Esta posición de México estaba informada por una percepción de que el derrocamiento de Machado había sido obra de una Revolución, como la mexicana: “No es esa una revolución de cuartelazo; no es el de Cuba un movimiento militar, que surge en la noche y se apodera por sorpresa del gobierno y se conforma un cambio de hombres; no es sólo una modificación del orden político la que busca Cuba; trata de completar su independencia”.³³ Sin embargo, la definición política del cambio de régimen, que tenía lugar en la isla, no era lo determinante para el posicionamiento de México. Como dirá Puig Casauranc en Montevideo, México debía relacionarse con todos los gobiernos cubanos sin “calificar” o “reconocer” su legitimidad desde el punto de vista del derecho internacional:

Poco debe importar el gobierno que fuere; por esto mi país no juzga a los gobiernos para actos de reconocimiento; por esto, con el mismo placer con que saluda a Carlos Manuel de Céspedes, envía nota —no de reconocimiento, sino de normal, de perfecta continuación de relaciones— a Ramón Grau San Martín. Porque no es el fenómeno “gobierno” en el pueblo de Cuba lo que nos interesa, es la posibilidad del encauce lógico, en vida normalizada, de un proceso de orden político y social, proceso que interrumpimos los pueblos de afuera,

³¹ Laura Muñoz, coord., *Mar adentro. Espacios y relaciones en la frontera México-Caribe*. México: Instituto Mora, 2008, p. 462.

³² *Ibid.*, p. 464.

³³ *Idem.*

cuando nos negamos a respaldar nuestro “reconocimiento” y con nuestra ayuda moral a los hombres que están aceptando, y dispuestos a pagar con sus vidas, la responsabilidad de este encauzamiento.³⁴

La Convención de Derechos y Deberes de los Estados, firmada en Montevideo y cuyo artículo octavo establecía que “ningún estado tiene derecho a intervenir en los asuntos internos ni en los externos de otro”, como bien advirtiera otro de sus impulsores, el diplomático e historiador cubano Herminio Portell Vilá, contribuyó de manera decisiva a la abrogación de la Enmienda Platt en la primavera de 1934.³⁵ La política del “buen vecino”, emprendida por el presidente Roosevelt y su Secretario de Estado, Cordell Hull, comenzaba a dar resultados y México jugaba en la misma un papel triangulador, conciliando la defensa de sus intereses regionales con las prioridades de Estados Unidos y Cuba. México, además, se convertía en un destino de los principales exilios políticos producidos por la inestabilidad cubana. Cuando, en 1934, Carlos Mendieta llega a la presidencia, respaldado por Batista y el embajador de Estados Unidos, Jefferson Caffery, México mantiene buenas relaciones con el nuevo gobierno cubano, a través de su representante en la isla, Alfonso Cravioto, y, a la vez, recibe afectuosamente a políticos opositores como el líder del Directorio, Rubén León, y el expresidente Ramón Grau San Martín, quien permaneció varios meses en el Distrito Federal.³⁶

Como bien señalan Indra Labardini Fragoso y Felicitas López Portillo, la Revolución cubana de 1933 fue el primer escenario caribeño en que México aplicó la famosa doctrina que el canciller Genaro Estrada formulara tres años atrás, durante el gobierno de Pascual Ortiz Rubio.³⁷ Bajo la plata-

³⁴ *Ibid.*, p. 465. Ver también José Manuel Puig Casauranc, *Algo sobre la posición de México en Montevideo*. México: SRE, 1934, pp. 92-97.

³⁵ Herminio Portell Vilá, *Cuba y la conferencia de Montevideo*, La Habana, Molina y Compañía, 1934, pp. 90-115; Herminio Portell Vilá, *El convenio de no intervención de Montevideo y la intervención norteamericana en Cuba*. La Habana: Molina Compañía, 1935, pp. 9-28. Ver también “Washington dispuesto que se modifique el Tratado con Cuba, declara Roosevelt”, *Excelsior* (1/ 2/ 1933), p. 1.

³⁶ Laura Muñoz, *Op. Cit.*, pp. 466-470; “Llega hoy a México delegado de Cuba”, *Excelsior* (25/10/33), p. 1; “Llega a Veracruz el expresidentes Grau San Martín”, *Excelsior* (21/1/ 34), p. 1.

³⁷ Felicitas López Portillo, *Cuba en la mirada diplomática mexicana: de Fulgencio Batista a Carlos Prío Socarrás (1933-1952)*. México: UNAM, 2008, pp. 20-25.

forma flexible y realista que ofrecía esa estrategia de relaciones internacionales, México mantuvo buenas relaciones diplomáticas con todos los gobiernos cubanos, desde la dictadura de Gerardo Machado (1925-1933) hasta la dictadura de Fulgencio Batista (1952-1959), pasando por la breve experiencia democrática de 1940 a 1952, capitalizada, fundamentalmente, por el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) de Ramón Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás. Sin embargo, el realismo no impidió a México sostener interlocución con diversas corrientes opositoras y aplicar una eficaz e ideológicamente plural política de asilo, que favoreció lo mismo a comunistas y “auténticos”, batistianos y “ortodoxos”. El México cardenista y postcardenista perfeccionó aquella política exterior pragmática y, a la vez, de principios, cuyas raíces se encuentran en la República Restaurada.

BAJO LA DOCTRINA ESTRADA

Un titular del periódico *Excelsior*, del 22 de enero de 1933, afirmaba: “Nunca antes de ahora habían sido tan cordiales las relaciones de nuestro país y los Estados Unidos”.³⁸ El artículo se refería a unas declaraciones del Subsecretario de Estado, William Castle, en las que aseguraba la disposición de los presidentes Herbert Hoover y Franklin Delano Roosevelt de “trabajar juntamente con las naciones latinoamericanas” y no “explotar a nuestros vecinos con la aparente legalidad” de la doctrina Monroe.³⁹ Como describe Susana Chacón, el conflicto entre Estados Unidos y México, en 1938, por el avance de la restitución y dotación de ejidos y la expropiación de la industria petrolera, muy pronto fue sucedido por una estrategia de cooperación diplomática, militar, migratoria y comercial con Washington, concebida entre los gobiernos de Cárdenas y Ávila Camacho, que no concluyó con el fin de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, sino que se prolongó hasta las primeras décadas de la Guerra Fría.⁴⁰

³⁸ “Nunca antes de ahora habían sido tan cordiales las relaciones entre nuestro país y los Estados Unidos”, *Excelsior* (22/ 1/ 1933), p. 1. Ver Miguel Hernández Bauzá, *Biografía de una emoción popular: el Dr. Grau*. Miami: Ediciones Universal, 1987, pp. 82-86.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ Susana Chacón, *México y los Estados Unidos (1940-1955). Entre el conflicto y la colaboración*. México: FCE, 2008, pp. 25-34.

El Caribe fue un referente insoslayable de aquella colaboración entre Estados Unidos y México. El comercio entre México y Cuba antes de 1940 reportaba más 600 mil dólares de importaciones cubanas en su vecino y menos 900 mil dólares de exportaciones mexicanas a la isla. Comparado con la balanza comercial entre Estados Unidos y México, que en 1940 estaba por encima de los cuatro millones de dólares, aquel intercambio era ínfimo, pero en el contexto caribeño no era insignificante.⁴¹ El flujo migratorio entre ambos países no alcanzó nunca la intensidad que tuvo hasta 1927, pero en coyunturas autoritarias, como la que se produjo luego de la represión de 1935, a México llegaron importantes intelectuales exiliados, como Juan Marinello, Loló de la Torre y Ofelia Domínguez Navarro, quienes se involucraron en el respaldo público al gobierno de Lázaro Cárdenas.⁴²

El reajuste de las relaciones entre Estados Unidos y México se produjo en un momento en que la política intervencionista de Washington era desplazada por un entendimiento diplomático que lo mismo favorecía a regímenes autoritarios, como el de los hermanos Trujillo en República Dominicana, que a democracias autonomistas como la de Luis Muñoz Marín en Puerto Rico. La política de Estados Unidos hacia el Caribe, entre 1940 y 1960, atravesó la alianza antifascista de la Segunda Guerra Mundial y el pacto de la primera etapa de la Guerra Fría, antes del triunfo de la Revolución Cubana de 1959. En esas dos décadas, Washington no sólo se relacionó con dictaduras como la de Trujillo o la del último Batista (1952-1958), en Cuba, sino también con gobiernos democráticos y nacionalistas como los de Ramón Grau San Martín (1944-1948) y Carlos Prío Socarrás (1948-1952).⁴³

La política caribeña de México en esos 20 años no fue sustancialmente diferente a la norteamericana y aunque, como ésta, no careció de conflictos con Trujillo o Batista, llegó a momentos de armonía diplomática con esas dictaduras. La doctrina Estrada no sólo implicaba una racionalidad flexible o pragmática, que eximía a México del proceso de reconocer legitimidades

⁴¹ *Ibid.*, p. 216

⁴² Salvador Bueno, "La fraternidad cultural", en *México y Cuba. Dos pueblos unidos en la historia*. México: Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, 1982, t. II, pp. 5-19; Luis Ángel Argüelles Espinosa, *Temas cubano-mexicanos*. México: UNAM, 1989, pp. 156-157.

⁴³ Bryce Wood, *The Making of Good Neighbor Policy*. Nueva York: Columbia University Press, 1961, pp. 48-117.

ideológicas o políticas en la arena internacional, sino que le permitía incrementar o rebajar el nivel de las relaciones diplomáticas sin riesgo de rupturas innecesarias y conflictivas. Cárdenas hizo uso eficaz de aquella herramienta diplomática lo mismo para denunciar la invasión de Abisinia por Mussolini, en 1935, o para hacer causa común con la República Española durante la Guerra Civil (1936-1939), que para no elevar demasiado el nivel de las relaciones con la dictadura de Trujillo. Sin embargo, durante el sexenio siguiente, el de Manuel Ávila Camacho (1940-1946), las relaciones de México con Trujillo en República Dominicana y con Batista en Cuba fueron excelentes.

Salvador Morales ha descrito los esfuerzos de Trujillo por aumentar la categoría de las representaciones diplomáticas de República Dominicana en México y de México en República Dominicana, entre 1931 y 1937. Los ministerios respectivos alcanzaron un nivel considerable, a mediados de la década, con las representaciones de José Pérez Gil y Ortiz en Santo Domingo y de Tulio M. Cestero en el Distrito Federal.⁴⁴ El acercamiento entre ambos países se obstruyó cuando, en 1937, Trujillo ordenó una “limpieza étnica” en la frontera con Haití, que derivó en el genocidio de decenas de miles de haitianos. El entonces presidente de Haití, Stenio Vincent, advertido de lo importante que era para Trujillo la relación con Estados Unidos, México y Cuba, pidió a estos tres países que mediaran en el conflicto fronterizo y Trujillo accedió a pagar a Haití una indemnización de 750 mil dólares.⁴⁵

Las relaciones entre México y República Dominicana subieron, finalmente, de categoría en el verano de 1943, con la concesión de rango de embajada a las respectivas representaciones diplomáticas y la designación de Gustavo Julio Enríquez como embajador dominicano en México y de José María Gurría como embajador mexicano en Santo Domingo. En febrero del año siguiente, Trujillo celebró por todo lo alto el centenario de la independencia dominicana, no de la España de Fernando VII sino de la república haitiana, y recibió en la isla a una delegación mexicana de alto nivel, encabezada por el ex presidente Emilio Portes Gil. Para la ocasión,

⁴⁴ Salvador E. Morales, *Relaciones interferidas. México y el Caribe (1813-1982)*. México: SRE, 2002, p. 319.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 325.

México facilitó el traslado de los restos del patriota decimonónico dominicano José Núñez de Cáceres, quien había muerto en Ciudad Victoria, Tamaulipas, y Portes Gil preparó un elocuente discurso en el que, frente a la amenaza del fascismo europeo, se defendía la democracia panamericana, en la versión del presidente Roosevelt.⁴⁶

Con la reelección de Trujillo en 1947 comenzó un leve distanciamiento entre México y República Dominicana, que, como recuerda Salvador Morales, se reflejó en el hecho de que durante los tres primeros años (1946-49) del gobierno de Miguel Alemán los asuntos de la embajada mexicana quedaron en manos del encargado de negocios.⁴⁷ Esos años coinciden, como es sabido, con la actividad de la Legión del Caribe, una alianza de revolucionarios y exiliados centroamericanos y caribeños en contra de las dictaduras de Anastasio Somoza, en Nicaragua, y Trujillo, en República Dominicana, que también intervino en el derrocamiento del gobierno de Teodoro Picado, en Costa Rica. José Figueres, el nuevo presidente de ese país centroamericano, le dio un impulso importante a la legión, así como el presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, el de Guatemala, Juan José Arévalo, el líder del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre, los exiliados dominicanos Juan Bosch y Juan Rodríguez García y los nicaragüenses Emiliano Chamorro, Gustavo Manzanares, Pedro José Zepeda y Rosendo Argüello.⁴⁸

Los gobiernos de Miguel Alemán, en México, y de Ramón Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás, en Cuba, no brindaron apoyo oficial a la Legión del Caribe pero permitieron conspiraciones, entrenamientos y expediciones de la misma en sus territorios. Desde Cuba salió la primera invasión contra Trujillo, en 1947, la de Cayo Confites, y de Guatemala, la segunda, en 1949, que logró desembarcar en Luperón, pero fue brutalmente reprimida por la dictadura. El recién nombrado embajador de México en Santo Domingo, el escritor veracruzano José de Jesús Núñez y Domínguez, informó a la cancillería mexicana el malestar de Trujillo. Aunque el dictador implicaba a Costa Rica, Guatemala, Venezuela y Cuba, no a México, en

⁴⁶ *Ibid.*, p. 326-327.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 333.

⁴⁸ Charles D. Ameringer, *The Caribbean Legion. Patriots, Politicians, Soldiers of Future*. Pennsylvania: The University of Pennsylvania Press, 1996, pp. 32-45.

la concepción de aquellos golpes, el gobierno dominicano sabía que la Legión del Caribe contaba con respaldo en el gran vecino mesoamericano y que desde ese país, el general Alberto Bayo, veterano de la Guerra Civil española, entrenaba a los revolucionarios caribeños.

Bayo, quien pocos años después adiestraría a los jóvenes exiliados cubanos, comandados por Fidel Castro, narró su papel en la Legión del Caribe y sus buenas relaciones con los gobiernos de Cárdenas, Ávila Camacho y Alemán en unas memorias dedicadas al propio Cárdenas, Arévalo, Betancourt, Figueres y Bosch.⁴⁹ Según Bayo, entre los 55 “legionarios” del Caribe que fueron reclutados para combatir en Luperón, a las órdenes de Juan Rodríguez, había seis mexicanos, que fueron detenidos en los puertos de Cozumel y Cuyo.⁵⁰ A pesar de que Bayo admitía la colaboración del gobierno de Ávila Camacho con el régimen trujillista, reflejada en la detención de los expedicionarios en aquellos puertos, en las páginas finales de sus memorias *Tempestad en el Caribe* (1950) agradecía a México su apoyo a la Legión del Caribe e invitaba a los jóvenes latinoamericanos que quisieran sumarse a la lucha contra las dictaduras a que se enlistaran en la Unión Democrática Centroamericana (Nilo, 37- 1, México D.F.):

No os creáis solos cuando México, este gran país demócrata, hospitalario y cuna de tolerancias, donde se edita este libro, a merced de la libertad de pensamiento, expresión y de creencias de su gloriosa Constitución, es el país de Lázaro Cárdenas, de Manuel Ávila Camacho, de Miguel Alemán, adalides invencibles de la democracia auténtica y revolucionaria; el país que abrió sus puertas a miles de exiliados españoles condenados a muerte por la pretoriana tiranía de un régimen sin taxativa.⁵¹

Esta dualidad de México como Revolución inspiradora de movimientos nacionalistas, agrarios y antidictatoriales en el Caribe y, a la vez, gobierno diplomáticamente relacionado con dictaduras de la región, como país de

⁴⁹ Alberto Bayo, *Tempestad en el Caribe*. México: Avenida Country Club No. 67, 1950, pp. 159-209.

⁵⁰ *Ibid*, pp. 190-192.

⁵¹ *Ibid*, p. 208.

asilo para revolucionarios exiliados y, a la vez, interlocutor de autoritarismos caribeños, respaldados por Estados Unidos, se repitió en el caso de la insurrección contra el último régimen de Fulgencio Batista en Cuba (1952-1958). La relación con Batista había iniciado a fines de los 30, cuando el entonces coronel, figura clave de la Revolución de 1933 contra el dictador Machado, ejercía un control militar sobre la convulsa política cubana, muy parecido al que Calles había ejercido sobre México durante los años del “maximato”. Batista era entonces un joven nacionalista revolucionario, partidario de la República española y crítico de los fascismos europeos, que se presentaba como admirador del México revolucionario y era bien visto por el gobierno de Cárdenas.

Durante la campaña a favor de expropiación petrolera, en el verano del 38, Batista, aliado entonces de los comunistas cubanos, había apoyado actos de solidaridad con el cardenismo desde Cuba. Luis Ángel Argüelles ha recordado que en publicaciones de la izquierda cubana, como *Pueblo*, *Mediodía* y *Noticias de hoy*, aparecieron textos a favor de la nacionalización del subsuelo mexicano, firmados por José Luciano Franco, Juan Martinello y Salvador Massip, en los que se apoyaba la decisión del general Cárdenas.⁵² El 12 de junio de ese año, se celebró en el estadio de La Polar de La Habana un homenaje al México de Cárdenas, convocado por la Unión Revolucionaria y la Organización Auténtica, y al que asistieron más 80,000 personas.⁵³ En aquel acto, respaldado por el embajador en la isla, Octavio Reyes Spíndola, quien gestionó la asistencia de una delegación artística de más 50 miembros, intervinieron políticos importantes del medio siglo cubano como los auténticos Rodolfo Méndez Peñate y Carlos Prío Socarrás y los comunistas Juan Marinello y Lázaro Peña.⁵⁴

El mismo 12 de junio, desde el teatro El Encanto, de Tampico, Cárdenas envió un mensaje de agradecimiento al pueblo cubano, en el que afirmaba que al ejercer “sus derechos primarios al subsuelo petrolífero”, el Estado mexicano consumaba la independencia iniciada más de un siglo atrás con la

⁵² Luis Ángel Argüelles Espinosa, *Temas cubano-mexicanos*. México: UNAM, 1989, pp. 153-157.

⁵³ *Ibid.*, p. 157.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 158.

separación de España.⁵⁵ El general sostenía, además, que al “defender su derecho a disfrutar de sus riquezas naturales”, México contribuía a “la liberación de sus hermanos de raza” y a “borrar las injustas desigualdades existentes entre las miserables condiciones de vida de los trabajadores nativos y los privilegios del poderío ilimitado de empresas extranjeras”.⁵⁶ Al final, Cárdenas resumía al público cubano su proyecto ideológico, en un tono muy similar al del panamericanismo del New Deal roosveltiano: “unificación respectiva de todos los pueblos americanos, mejor distribución de la riqueza pública, no intervención, inviolabilidad territorial y cooperación pacífica”.⁵⁷

Durante aquellos homenajes al México cardenista, en Cuba, surgió la idea del viaje de Batista al país vecino, que se produjo, finalmente, en febrero de 1939. Como relata Felicitas López Portillo, Batista fue recibido como huésped de honor por la Secretaría de la Defensa Nacional y por el propio presidente Cárdenas. A su llegada a Veracruz, miles de personas vitorearon a Batista y el cónsul de la República española en ese puerto se refirió al militar cubano como un aliado de la causa republicana. En la ciudad de México, el líder del Partido de la Revolución Mexicana (PRM), Luis I. Rodríguez, y el Secretario General de la CTM, Vicente Lombardo Toledano, lo saludaron como “símbolo de las aspiraciones del proletariado cubano”, “líder de los trabajadores de su patria” y no faltó quien lo tratara como reencarnación de José Martí, así como Cárdenas lo era de Benito Juárez. El propio Cárdenas agasajó a Batista con un banquete en el castillo de Chapultepec, en el que los oradores se esforzaron por presentar la Revolución de 1933 en Cuba como un fruto de la influencia ideológica de la Revolución Mexicana en el Caribe.⁵⁸

El viaje de Batista a México se convirtió, pues, en una campaña presidencial en vistas a las elecciones de 1940, en la isla. La prensa mexicana registró la anécdota de que ante el gesto de fingida humildad con que Batista reprochó a Cárdenas el tratamiento de Jefe de Estado —cuando él

⁵⁵ Lázaro Cárdenas, *Mensaje al pueblo de Cuba*. México: Talleres Gráficos de la Nación, 1938, p. 2.

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ *Ibid.*, p. 3.

⁵⁸ Felicitas López Portillo, *Op. Cit.*, pp. 76-78.

sólo era, oficialmente, Jefe del Ejército Constitucional de Cuba— el general mexicano respondió: “ahora mando yo y es a Cuba a quien usted representa. Ud. es el hombre que encarna una embajada popular de amistad, enviada por una nación fraterna que tiene anhelos de justicia y de libertad, análogos a los nuestros”.⁵⁹ La campaña electoral continuó al regreso de Batista a la isla, donde fue recibido por Blas Roca y Lázaro Peña, dos importantes líderes comunistas, aliados en la Unión Revolucionaria Comunista que impulsó la candidatura de Batista en 1940. En los discursos que pronunciaron a favor de Batista, tras el regreso de éste de México, los oradores reiteraron el tópico que presentaba al militar cubano como un continuador de las ideas de la Revolución Mexicana en Cuba.⁶⁰

Las buenas relaciones de Batista con el México cardenista y postcardenista se mantuvieron a lo largo de su mandato e, incluso, luego de su retiro de la política activa entre 1944 y 1950.⁶¹ Cuando Portes Gil viajó a las fiestas del centenario de la independencia de República Dominicana, en 1944, pasó por Cuba y se entrevistó con el presidente Batista y con su Secretario de Estado, el historiador Emeterio Santovenia, que tuvo una importante relación intelectual con México. El embajador José Rubén Romero y el encargado de negocios, Luis Padilla Nervo, mantuvieron el vínculo diplomático en un alto nivel durante aquellos años. La coyuntura de la segunda Guerra Mundial, en la que México y Cuba se unieron a Estados Unidos en la alianza antifascista, fue sumamente favorable a aquel entendimiento.⁶²

La elección presidencial del líder del Partido Auténtico, Ramón Grau San Martín, en 1944, no alteró la colaboración diplomática entre México y Cuba. En un *Memorándum* que la cancillería envió al presidente Ávila Camacho se afirmaba que el “verdadero triunfador dentro del ambiente político cubano, ha sido el presidente Batista”, ya que el garantizar una sucesión presidencial pacífica y ordenada dejaba la puerta abierta para un regreso al poder.⁶³ La diplomacia y la opinión pública mexicana elogiaron la

⁵⁹ *Ibid.*, p. 75.

⁶⁰ Fulgencio Batista, Blas Roca, Lázaro Peña, et. al., *Estoy con el pueblo; cuatro discursos en México y Cuba*. La Habana: Ediciones Sociales, 1939, pp. 15-34.

⁶¹ Felicitas López Portillo, *Op. Cit.*, pp. 79-134.

⁶² *Ibid.*, pp. 80-125.

⁶³ *Ibid.*, pp. 126-127.

“actitud ecuánime y desinteresada” de Batista y algunos articulistas contrapusieron la democracia cubana al autoritarismo mexicano. Prueba de que Batista había establecido un nexo político personal con México fue que el “hombre fuerte de Cuba” realizó dos visitas más en 1945, como parte de una gira por América Latina, que él mismo llamó “bolivariana” y cuyas ideas quedaron plasmadas en el libro *Sombras de América* (1945). Allí Batista defendía la conveniencia de que en América Latina se arraigara un “izquierdismo no soviético” y una “oposición de tendencias conservadoras, liberales, socialistas y comunistas, bajo principios democráticos”.⁶⁴

La imagen de Batista que transmitía ese libro era la de un político inscrito en el nacionalismo revolucionario, heredero de la Revolución Mexicana, interlocutor de la izquierda comunista, pero partidario de la democracia y de las buenas relaciones con Estados Unidos.⁶⁵ Esa imagen, la misma que suscribió Emil Ludwig en su muy leída *Biografía de una isla* (1948), libro también editado en el Distrito Federal, le permitió construir una sólida red de apoyo político en México, frente a la cual, la diplomacia de los líderes “auténticos”, Ramón Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás, tuvo pocas posibilidades de compensación.⁶⁶ Las dos visitas de Grau a México, la de 1934, como presidente saliente, y la de 1944, como presidente electo, carecieron de la sintonía ideológica que acompañó los viajes de Batista, a pesar de que también Grau hizo todo lo posible por presentarse como heredero de la Revolución Mexicana.⁶⁷ Como señala Felicitas López Portillo, muchos actores de la política mexicana –el diplomático y poeta José Gorostiza, probable autor de un memorándum sobre la política cubana o el influyente líder de la CTAL, Vicente Lombardo Toledano- veían a Grau como un continuador del proyecto de Batista.⁶⁸

Aún así, entre 1944 y 1952, los auténticos construyeron relaciones de alto nivel en México y crearon una red de amistades políticas, vinculada, en

⁶⁴ Fulgencio Batista, *Sombras de América*. México: E.D.I.A.P.S.A., 1946, pp. 127-132.

⁶⁵ Frank Argote-Freyre, *Fulgencio Batista: From Revolutionary to Strongman*. New Brunswick: Rutgers University Press, 2006, pp. 251-274.

⁶⁶ Emil Ludwig, *Biografía de una isla*. México: Editorial Centauro, 1948, pp. 336-344.

⁶⁷ Ramón Grau San Martín, *La revolución cubana ante América*. México: Ediciones del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), 1936, pp. 15-27.

⁶⁸ Felicitas López Portillo, *Op. Cit.*, pp. 139-140.

buena medida, a la familia de los nacionalismos revolucionarios latinoamericanos: el APRA peruano, la Acción Democrática venezolana, el peronismo argentino, la Legión del Caribe y, naturalmente, el PRI mexicano. A la toma de posesión de Grau asistió el canciller Ezequiel Padilla y el presidente “auténtico” fue recibido, en México, por Ávila Camacho, en una visita de 48 horas, afectada por el mal tiempo.⁶⁹ Sin embargo, la diplomacia del Partido Auténtico quedó más claramente perfilada en 1948, con la llegada al poder de Carlos Prío Socarrás. Los cancilleres de Prío, Carlos Hevia, Ernesto Dihigo y Aureliano Sánchez Arango, desarrollaron una política exterior de oposición a dictaduras centroamericanas y caribeñas, como las de Trujillo en República Dominicana, Somoza en Nicaragua y Pérez Jiménez en Venezuela.

Las primeras visitas que Prío realizó, como presidente electo, en 1948, describen muy bien aquel circuito nacionalista: la Guatemala de Juan José Arévalo, la Venezuela de Rómulo Gallegos y la Costa Rica de José Figueres. Prío no visitó México en aquella gira, pero el presidente Miguel Alemán envió una delegación de alto nivel a la toma de posición del mandatario cubano, encabezada por el presidente de la Corte Suprema, Salvador Urbina y el Jefe del Estado Mayor de la Secretaría de la Defensa Nacional, Antonio Sánchez Acevedo.⁷⁰ El nuevo embajador de México en La Habana, Benito Coquet, informó detalladamente a su gobierno sobre la transformación de la política cubana en aquellos años marcados por la naciente polarización de la Guerra Fría. El gobierno de Prío generó dos fuertes polos de oposición: el encabezado por Eduardo Chibás, líder del Partido del Pueblo Cubano (“Ortodoxo”), y el de los comunistas afiliados al Partido Socialista Popular.

La oposición comunista al gobierno de Prío aprovechó sus viejas amistades dentro de la política mexicana para oponerse a los “auténticos” desde el país vecino. Importantes líderes de ese partido, como Juan Marinello, Blas Roca y Lázaro Peña, viajaban con frecuencia a México desde los años 30 –Marinello, candidato a la presidencia de Cuba en 1948, había vivido

⁶⁹ Miguel Hernández-Bauza, *Biografía de una emoción popular: el Dr. Grau*. Miami: Ediciones Universal, 1987, pp. 82-92.

⁷⁰ Felicitas López Portillo, *Op.Cit.*, p. 152.

exiliado en el Distrito Federal entre 1936 y 1938, donde participó, junto a Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Félix Pita Rodríguez y Leonardo Fernández Sánchez en la creación de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR), respaldada por el general Cárdenas, y en 1947 recibió la condecoración del Águila Azteca de manos de Miguel Alemán— y utilizaban sus relaciones con el PCM, el PRI y Lázaro Cárdenas para denunciar la corrupción y el entreguismo del gobierno cubano. El gobierno de Alemán y el PRI, sin embargo, mantuvieron una permanente y fluida comunicación con el gabinete de Prío, ligada, en buena medida, a la complicidad en torno a la Legión del Caribe, cuya conexión cubana se vio reforzada por el exilio en la isla del presidente y novelista venezolano, Rómulo Gallegos, derrocado por el dictador Pérez Jiménez.⁷¹

El embajador Coquet asistió, por ejemplo, a la Conferencia Interamericana Prodemocracias, impulsada por la OEA y celebrada en La Habana a principios de 1949, en la que intervinieron importantes intelectuales y políticos latinoamericanos de aquella red: Andrés Eloy Blanco, Germán Arciniegas, Rómulo Betancourt, José Figueres, Juan Bosch y los cubanos Raúl Roa y Carlos Márquez Sterling. Además de sostener públicamente la defensa de la democracia representativa y la crítica del comunismo soviético, aquella corriente ideológica regional, ubicada en la izquierda nacionalista y democrática, es decir, no comunista de la región, respaldó el proyecto autonomista de Luis Muñoz Marín, en Puerto Rico, primero como presidente del Senado (1941-1949) y luego como gobernador de la isla (1949-1965), al mismo tiempo que se sumaba a la campaña internacional por la liberación de Pedro Albizu Campos, líder del Partido Nacionalista puertorriqueño.⁷²

Los fuertes vínculos que batistianos, “auténticos” y comunistas desarrollaron en México durante la década del 40 se reflejaron en la posición del gobierno de Adolfo Ruiz Cortines hacia la dictadura de Fulgencio Batista, surgida del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952.⁷³ De acuerdo con la doctrina Estrada, México ratificó que la política de la isla era un asunto do-

⁷¹ *Ibid.*, pp. 162-163. Ver también Roberto González Echevarría, “Gallegos y Cuba”, *Cuadernos hispanoamericanos*, Núm. 675, Sept, 2006. Madrid: pp. 79-107.

⁷² *Ibid.*, pp. 164-165.

⁷³ *Ibid.*, pp. 174-203.

méstico de los cubanos, por lo que el país vecino, sin reconocer al nuevo gobierno, mantenía a su embajador Benito Coquet y formalizaba relaciones diplomáticas con la dictadura. La tradicional política de asilo hizo de México destino de refugio para importantes políticos del derrocado gobierno: el presidente Carlos Prío, su secretario de Estado, Aureliano Sánchez Arango, el Director de Cultura del Ministerio de Educación, Raúl Roa García, el Secretario de Gobernación, Segundo Curti, el Secretario de Defensa, Rubén de León, el fiscal Efraín Rafael Trejo Loredo y los líderes de la “ortodoxia” Roberto Agramonte Pichardo y José Pardo Llada fueron algunos de los más de 190 asilados en la embajada de México en La Habana luego del cuartelazo.

La historia oficial de las relaciones entre México y Cuba, escrita desde el entendimiento que durante décadas establecieron la Revolución Cubana y el PRI, concentró casi toda su atención en el exilio de Fidel Castro y los asaltantes al cuartel Moncada, entre 1955 y 1956.⁷⁴ Los estudios recientes de Salvador E. Morales, Laura del Alizal y Felicitas López Portillo ofrecen, sin embargo, una visión distinta, en la que la importancia del exilio de políticos “auténticos” y comunistas queda plenamente reconocida.⁷⁵ Los comunistas, especialmente aquellos que, como Juan Marinello, Carlos Rafael Rodríguez, Joaquín Ordoqui y Edith García Buchaca, residirían temporadas en México, durante la dictadura de Batista, contaban con el apoyo del Comité Central del Partido Comunista Mexicano, muy activo entre 1957 y 1958, cuando los preparativos y realización de los festejos por el 40 aniversario de la Revolución de Octubre.⁷⁶ Los “auténticos”, además del respaldo del gobierno de Ruiz Cortines, recibieron la solidaridad de políticos caribeños, también exiliados en México, como Juan Bosch, Eufemio Fernández y Rómulo Betancourt, quienes, a su vez, se enfrentaban a la complicidad de Trujillo y Pérez Jiménez con Batista.

⁷⁴ La mejor muestra de esa historiografía tal vez sean los dos volúmenes de *México y Cuba. Dos pueblos unidos en la historia*. México: Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, 1982.

⁷⁵ Salvador E. Morales y Laura del Alizal, *Dictadura, exilio e insurrección. Cuba en la perspectiva mexicana. 1952-1958*. México: SRE, 1999, pp. 179-186; Salvador E. Morales, *Relaciones interferidas. México y el Caribe. 1813-1982*. México: SRE, 2002, pp. 406-413.

⁷⁶ Gerardo Peláez, *Partido Comunista Mexicano. 60 años de historia*. México: Universidad Autónoma de Sinaloa, 1980, t. I., pp. 97-107.

La importante revista *Humanismo* (1959-1961), que Raúl Roa dirigió a partir de 1954, respondía a la ideología de aquella red de la izquierda latinoamericana no comunista. Fundada por el aprista peruano Mario Puga, en 1952, *Humanismo* fue editorialmente perfilada por el canciller del derrocado gobierno de Gallegos en Venezuela y miembro destacado de Acción Democrática, Andrés Eloy Blanco, los republicanos españoles Juan de la Encina y Manuel Sánchez Sarto y cinco destacados intelectuales mexicanos, cercanos al PRI: el arqueólogo Alfonso Caso, el historiador Jesús Silva Herzog, el arquitecto Carlos Lazo, el escritor Miguel Ángel Ceballos y el editor Rafael Loera y Chávez. Como bien ha señalado Andrés Kozel, la línea editorial de la revista estaba conformada, fundamentalmente, por los legados doctrinales de la “Revolución Mexicana, el exilio republicano español, el democratismo venezolano y el aprismo perseguido y disperso durante los primeros años del ochenio odríista”.⁷⁷

Bajo la dirección de Roa, *Humanismo* debió enfrentarse a los cambios en la Unión Soviética que sucedieron a la muerte de Stalin en 1953, al golpe de Estado contra Jacobo Arbenz en Guatemala y a la invasión soviética de Hungría. Estos acontecimientos se reflejaron en la revista por medio de un claro posicionamiento frente a las oligarquías latinoamericanas, frente al intervencionismo norteamericano en la región, pero, también, frente al totalitarismo comunista. Varios artículos aparecidos entre 1955 y 1956 en la revista, como la “Carta a la juventud” de Aureliano Sánchez Arango, en el número 27, de enero del 55, y, sobre todo, “Ni macarthistas, ni comunistas” del propio Roa, en el número 40 de noviembre del 56, establecían claramente aquella posición ideológica, tan similar a la del PRI.⁷⁸

Con Roa llegaron a la redacción de *Humanismo*, otros nacionalistas revolucionarios latinoamericanos, también exiliados en México, como el puertorriqueño Juan Juarbe Juarbe, el venezolano Ildegar Pérez Segnine y el peruano Manuel Raygada. A partir de los números de 1957, la revista comenzó a publicar artículos que respaldaban la insurrección cubana, como el titulado “Mi amigo Fidel” de Teresa Casuso y Morín, agregada comercial

⁷⁷ Andrés Kozel, “Latinoamérica en la primera etapa de *Humanismo* (México, 1952-1954)”, Manuscrito Inédito, p. 9.

⁷⁸ Salvador Morales y Laura del Azilal, *Op. Cit.*, p. 190.

del gobierno de Prío en México, que fuera cesada por Batista, y visiones críticas de otras dictaduras caribeñas como la de Trujillo en República Dominicana y la de Duvalier en Haití.⁷⁹ *Humanismo* es un documento extraordinario que permite leer el pensamiento de la izquierda revolucionaria, no comunista, predominante en América Latina antes de 1959, y reconstruir el mapa de los exilios latinoamericanos en el México de Miguel Alemán y Adolfo Ruiz Cortines.

La magistral política de asilo, emprendida por el embajador mexicano Gilberto Bosques, describe la pluralidad ideológica de la oposición a la dictadura de Batista. Bosques dio refugio lo mismo a comunistas, como Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez, que a liberales como Roberto Agramonte y José Miró Cardona.⁸⁰ Como se comprobó en el caso de Cándido de la Torre Herrera —un exiliado capturado por el servicio secreto de Batista en Campeche y trasladado al campamento de Columbia, de donde Bosques logró sacarlo, gracias a su interlocución con el canciller batistiano Gonzalo Güel, y devolverlo a México— aquella política fue contrarrestada por medio de presiones del gobierno de Batista sobre la Secretaría de Gobernación y la policía de México.⁸¹ Es conocida la detención, el 20 de junio de 1956, de Fidel Castro y 27 de sus compañeros, por la policía Federal de Seguridad, que fuera denunciada por una eficaz campaña en la opinión pública mexicana y revocada dos semanas después.⁸²

En su estudio sobre aquel exilio, Laura del Alizal registra a cerca de 200 asilados cubanos entre 1952 y 1958.⁸³ Varios de los 82 expedicionarios del *Granma*, el yate que transportaría a Fidel Castro y sus hombres de Tuxpan, Veracruz, a la costa sur de la provincia de Oriente, en noviembre de 1956, no habían entrado a México como asilados. De manera que la mayoría de aquellos exiliados no estaba conformada por miembros del Movimiento 26 de Julio sino de esta y otras organizaciones de la oposición a Batista. A pesar

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 190-191.

⁸⁰ Graciela de Garay, ed., *Gilberto Bosques: Cuba 1953-1964*. Guadalajara: El Colegio de Jalisco, 2007, pp. 20-24, 31 y 37-38.

⁸¹ *Ibid.*, pp. 41-45.

⁸² *México y Cuba. Dos pueblos unidos en la historia*. México: Centro de Investigación Jorge L. Tamayo, 1982, t. II, pp. 332-336.

⁸³ Salvador E. Morales y Laura del Alizal, *Op. Cit.*, pp. 227-231.

de dicha diversidad, la lectura de los documentos redactados y firmados por el grupo de Fidel Castro, durante su estancia en México –el Manifiesto No. 1 del 26 de Julio (8/8/1955), el Discurso ante el Monumento a José Martí (10/10/1955), el Manifiesto No. 2 del 26 de Julio (10/12/55) y el Pacto de México (31/8/56), entre Castro y el líder de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), José Antonio Echeverría Bianchi– arroja que las principales demandas de aquel movimiento (Constitución de 1940, proscripción del latifundio, legislación obrera avanzada, industrialización, nacionalización de algunos servicios públicos, extensión de la cultura y la educación, reforma fiscal, combate a la corrupción...) no se diferenciaban demasiado de las de los “auténticos”, los “ortodoxos” y buena parte de la izquierda revolucionaria no comunista de América Latina.⁸⁴

La relación con las dictaduras caribeñas, durante el sexenio de Adolfo Ruiz Cortines (1952-58), redefinió el papel de México en la Guerra Fría latinoamericana. Mientras mantenía la interlocución diplomática con aquellos regímenes por medio de la doctrina Estrada, México se convertía en la principal sede de los exilios opositores de la región y en un mediador natural entre las diversas corrientes de la izquierda latinoamericana. Republicanos españoles, demócratas venezolanos y revolucionarios peruanos, cubanos, dominicanos, guatemaltecos y nicaragüenses convirtieron al gran país mesoamericano en una plataforma de sus proyectos nacionales.⁸⁵ La condición de país “revolucionario” hizo de México el espacio mediador por excelencia de las políticas y las ideologías de la América Latina de mediados del siglo xx. La vecindad con Estados Unidos y las buenas relaciones diplomáticas con la Unión Soviética contribuyeron a la creación de una intensa red de conspiraciones y arreglos diplomáticos, que se reforzó aún más luego del triunfo de la Revolución Cubana en enero de 1959. ❧

⁸⁴ *México y Cuba...*, *Op. Cit.*, pp. 309-322.

⁸⁵ Fabrizio Mejía Madrid, *Ciudad de México. Ciudad solidaria. Capital de asilos*. México: Casa Refugio Citlaltépetl, 2008, pp. 129-144.